

miento (1) formaban el código de la sociedad egipcia, y bien puede decirse que si aquel pueblo era uno de los mas supersticiosos de la tierra, podia tambien al mismo tiempo figurar como uno de los mas inocentes.

El Egipto en todos tiempos habia sostenido considerable comercio con la India. Sus naves iban por los mares de Arabia y de la Persia á buscar aromas, marfil y sederia á aquellos remotos países, llegando hasta Trapobana, que es el Ceilan de los tiempos modernos. Los Chinos y los demás pueblos situados mas allá del cabo de Comaria (2), llevaban sus mercancías á esta costa en la época del regreso periódico de las flotas egipcias y las trocaban por el oro de Occidente (3).

Mas en tanto que el pueblo estaba sistemáticamente entregado á la mas crasa ignorancia, todas las luces estaban aglomeradas en la clase sacerdotal. Sus individuos reconocian los dos principios del universo (a), esto es, la materia y el espíritu, llamando á la primera *Athor* y al segundo *Cneph*, y suponian que este por la energía de su voluntad habia disgregado los elementos, sacándolos de su primordial confusión y haciendo que al obrar sobre la masa inerte, produjeran todos los cuerpos y todos los efectos (4). El movimiento, el calor y la vida espaciada en toda la naturaleza, les hizo imaginar una infinidad de medios en donde veian una multitud de acciones. Creyeron que por el espacio flotaban emanaciones del Gran Ser, y daban vida á las diversas partes del universo (5). Estaban persuadidos que el alma era inmortal, y Herodoto supone que ellos fueron los primeros que enseñaron esta base de toda moralidad (6). En sus funerales dirigian al cielo esta plegaria: «Sol y vosotras, potencias que dispensais la vida á los hombres, recibidme y dispensadme un lugar entre los dioses inmortales» (7). (b) Otras sectas religiosas enseñaban la doctrina de la transmigración de las almas (8).

La física considerada en todas sus relaciones con la astronomía, la geometría, la medicina y la química, era cultivada por los sacerdotes egipcios de un modo desconocido á los demás pueblos y sobre todo á los Griegos en el momento de su revolución. Tambien les era conocida la sublime ciencia del gobierno, como lo demuestran Pitágoras, Tales, Licurgo y Solon, que fueron educados en sus escuelas.

Entre los Egipcios sobresalieron dos autores célebres: los dos Hermes, de los cuales el primero se cree que fue inventor de las artes, y el segundo un restaurador. Serapis enseñó á curar las dolencias, y aunque las obras que escribieron estos hombres han perecido en las revoluciones de los imperios, sus nombres se han conservado entre los de los bienhechores de la humanidad. Dicen los alquimistas que la tras-

(1) DIOD., lib. I, p. 70. Sabido es que los egipcios acostumbraban juzgar á los muertos, y que ni los mismos reyes podían librarse de ese juicio. Por otra costumbre no menos rara el deudor solía entregar en fianza el cadáver de su padre. Esas leyes sublimes tienen demasiada fuerza para nuestras mezquinas nacionalidades modernas: las admiramos, pero ya no las comprendemos porque nos falta la virtud que las caracterizaba.

(2) COMORIN.

(3) ROBERTSON'S, *Disquisition et concern. Ancient India*, sec. I.

(a) No hay dos principios en el universo: ó de lo contrario sería preciso admitir la eternidad de la materia, con lo cual se destruiría toda verdadera idea de Dios.

(N. ED.)

(4) JABLONSK., *Canth. Egypt.*, lib. I, cap. I; EUSEB., lib. III, cap. XI.

(5) PLUT., *Isis, Osiris*.

(6) JABLONSK., lib. II, cap. I, II.

(7) Lib. II, cap. CXXIII.

(b) Héme aquí bien distante del materialismo. (N. ED.)

(8) PORPHIR., *de Abstinent.*, lib. IV.

mutación de metales fue tambien conocida entre los sabios egipcios.

En ese país, cuyo nombre no debe ningun aficionado á las ciencias pronunciar sino con respeto, es en donde encontramos establecidas por primera vez las bibliotecas, y como si la naturaleza hubiese destinado esas regiones á ser la cuna de las ciencias hizo nacer en ellas el *papyrus* (9) en donde deben conservarse los adelantos de la humana inteligencia. Desgraciadamente los misteriosos signos en que los sacerdotes envolvian sus estudios, han privado al universo de una multitud de preciosos descubrimientos. Me ocurre una duda que proponer á los sabios. ¿Eran los egipcios verdaderamente indios de origen? No es lo mismo la lengua filosófica de aquellos, que el idioma sancrito de estos? ¿No sería posible toda vez que está ya descifrado este idioma valerse de él para explicar la lengua filosófica? (c). Colocando Cambyzes bajo su poder las diversas naciones diseminadas por las riberas del Nilo, favoreció la propagación de las artes. Hasta entonces los egipcios, recelándose de los extranjeros, no los admitian sino con la mayor repugnancia á sus misterios; mas cuando aquellos quedaron convertidos en vasallos de la Persia, tuvieron que franquear las puertas de su país á todos los amantes de la filosofía. Desde aquel rincón del mundo es de donde principió á brillar la aurora de las ciencias en el humano horizonte: no tardaron en avanzar las luces del Egipto hácia Occidente, como los rayos luminosos del astro que surge diariamente de las mismas regiones.

CAPITULO XXIX.

OBSTÁCULOS QUE SE OPUSIERON AL EFECTO DE LA REVOLUCION GRIEGA EN EGIPTO.—SEMEJANZA DE ESTE PAIS CON LA ITALIA MODERNA.

Considerando atentamente este cuadro, se echan de ver dos grandes causas que debieron amortiguar la acción de la revolución griega en Egipto. La primera puede atribuirse á la subdivisión uniforme de las clases de la sociedad. Esta institución da tal imperio de costumbre á los pueblos en que domina, que llegan sus hábitos á ser eternos como los Estados. En vano, tales naciones vienen á ser subyugadas por algun conquistador; pues en tal caso no hacen mas que cambiar de dueño; pero no de carácter. Cierto es que no estan totalmente libres de revoluciones intestinas; la capacidad intelectual por muy agoviada que se halle bajo el peso de las cadenas, da de cuando en cuando violentas sacudidas; así como aquellos Titanes de la fábula, que aunque sepultados bajo los abismos del Etna, se agitan alguna vez estremeciendo la enorme masa y causando convulsiones en los cimientos de la tierra.

El segundo obstáculo que de una manera insuperable se oponia en Egipto al espíritu de libertad, es uno de los que mas poderosa influencia ejercen en nuestra alma, la superstición. Estaban los sacerdotes demasiado interesados (10) en ocultar la verdad al pueblo, y por lo tanto debian poner en juego todos los elementos de su sagacidad á fin de oponerse á la influencia de una revolución que habria podido arran-

(9) PLINIO, lib. XIII, cap. XI.

(c) Seguía yo demasiado absolutamente la opinion de los sabios que suponen que los egipcios proceden de la India: los progresos que Mr. Champollion ha hecho en la explicación de los geroglíficos, no han demostrado hasta el presente que haya relación entre el sancrito y la lengua sabia de los egipcios. (N. ED.)

(10) Además de la gran influencia que ejercian en el gobierno, sus bienes territoriales no pagaban contribuciones al Erario.

carles la máscara. El hombre en realidad no tiene que temer mas que un solo mal, la muerte: libradle de ese temor y será libre. Así es que todas las religiones de esclavos estan calculadas á propósito para aumentar ese temor. No se habia descuidado de hacerlo así la casta sacerdotal egipcia, rodeándose de terribles misterios, capaces de inspirar terror en la credulidad del pueblo por medio de las imágenes mas monstruosas. Por esta razón sostenian tambien el trono con todo el prestigio de su magia á fin de gobernar al soberano, cuyo respeto encomendaban al pueblo, y dominar la nación, haciendo que esta obedeciese sumisa al soberano. Si el Egipto hubiese sido una potencia independiente en el acto de estallar la revolución griega, no se habria tal vez librado de su influencia; pero en aquel momento, como ya lo hemos dicho, no componia mas que una provincia de la Persia, y se encontraba envuelto en las calamidades del imperio á que por su mala suerte se veia unido.

El antiguo reino de Sesostris presentaba en aquellos instantes, marcadas relaciones de semejanza con la Italia moderna. Siendo al parecer gobernado por monarcas, no lo era en realidad sino por un pontífice, dueño de la opinión, y cuyo gobierno puede decirse que se componia de magnificencia y debilidad (1); entre magníficas ruinas (2) andaba vegetando un pueblo esclavo: las ciencias eran patrimonio de unos pocos, y los restantes estaban sumergidos en la mas crasa ignorancia. A las riberas del Nilo (3) es adonde los filósofos de la antigüedad acudian á instruirse; bajo el hermoso cielo de Florencia (4), es donde la Europa bárbara fue á encender la antorcha de las ciencias, que en ambos países se habian conservado bajo el misterioso velo de una lengua sabia ignorada de la multitud (5). Al uno y al otro de estos dos países cupo asimismo la suerte de ser, digámoslo así, el canal por donde las riquezas de las Indias circularon á los demás pueblos. Con tanta conformidad de costumbres y circunstancias, el Egipto y la Italia debieron correr poco mas ó menos la misma suerte, el primero en los tiempos de trastorno de la Grecia, y la segunda al ocurrir la revolución francesa. Arrastrados á su pesar á tomar parte en una guerra desastrosa por el impulso coercitivo de otra potencia, tuvo el Egipto, como provincia del gran imperio persa, y la Italia, como sujeta á la Alemania, que dar batallas en obsequio de una nación extranjera, y debilitarse mediando en disputas ajenas. No tardaron los enemigos victoriosos en volver contra esos países sus armas, y lo que es aun peor, sus intrigas. Inflamaron la ambición de algunos particulares, y la tierra clásica del talento se vió asolada por los bárbaros. Despues de seis años de calamidades, los persas consiguieron arrancar el Egipto del poder de los atenienses (6) y sus aliados, imponiendo por último el yugo á esos mismos atenienses en tiempo de las conquistas de Alejandro, que pueden considerarse en sí mismo como acción remota de la revolución republicana de Esparta y Atenas.

CAPITULO XXX.

CARTAGO.

Encontraremos en las costas de Africa los célebres

(1) Fue el Egipto casi siempre presa del primero que lo atacó.

(2) En su mayor prosperidad estuvo cubierto de ruinas de los monumentos de un antiguo pueblo que floreció antes de la invasión de los retores.

(3) Los Licurgos y Pitágoras.

(4) Era tiempo de los Médicis.

(5) La lengua geroglífica en Egipto; en Italia el latín.

(6) Quedaron los griegos completamente derrotados, y tuvieron que entregarse á discreción, por no poder recibir auxilios de su país demasiado distante. Otro tanto habria sucedido á los franceses en Italia á no haber mediado la paz universal.

cartagineses que entre todos los pueblos de la antigüedad, son los que presentan mayor afinidad con las naciones modernas. Aristóteles hizo un magnífico elogio de sus instituciones políticas (7). El gobierno de este país se componia: de dos magistrados supremos ó cónsules anuales llamados *sufetas*; de un senado ó tribunal, llamado de *Los Ciento*, que servia de contrapeso á las otras dos ramas del poder; del consejo de los *Quinientos*, cuya autoridad se extendia á una especie de censura general sobre toda la legislación, y finalmente, de la asamblea del pueblo, sin la cual no hay república (8) (a).

Cartago adoptó en cuanto á la moral los principios de Lacedemonia; desterró las ciencias y hasta llegó á prohibir que se enseñara el idioma griego á los niños. De este modo se libró de los sofismas y de la elocuencia de Atica. Inútil sería investigar el estado de ilustración en semejante pueblo, por lo cual paso inmediatamente á hablar de las artes en las que habia hecho considerables adelantos.

Impulsados por un atroz instituto de religion los cartagineses arrojaban en obsequio de sus dioses niños á las llamas, bien sea porque creyeran que el candor de tales victimas debería ser agradable á la divinidad, ó bien porque tal vez pensaban hacer un acto de humanidad librando á las inocentes victimas de las amarguras de la vida.

Sus principios militares se diferenciaban tambien esencialmente de los que dominaban en su siglo. Aquellos comerciantes africanos encerrados en sus despachos encomendaban á ciertas tropas mercenarias el cuidado de defender la patria. Compraban la sangre á precio de oro adquirido con el sudor de la frente de sus esclavos y de este modo convertian en provecho propio el furor y la imbecilidad de la raza humana.

Mas lo que distinguia particularmente á los habitantes de las tierras púnicas era su carácter mercantil. Ya habian enviado colonias á España, á Cerdeña á Sicilia y á lo largo de las costas del continente de Africa, cuya vasta circunferencia se habian atrevido á medir, y hasta se habian aventurado á penetrar en el borrascoso mar de las Galias, descubriendo las islas Cassiterides (9). A pesar del imperfecto estado de la navegación, la avaricia, mas poderosa que las invenciones humanas les habia servido de brújula en los desiertos del Océano (b).

CAPITULO XXXI.

PARALELO DE CARTAGO É INGLATERRA.—SUS CONSTITUCIONES.

Alguna vez he considerado lleno de admiración las semejanzas de costumbres y de carácter que existen entre los antiguos soberanos de los mares, y los actuales dueños del Océano. Muy notable es su afinidad por lo tocante á sus constituciones políticas y por su espíritu mercantil y guerrero á un mismo tiempo (10). Examinemos la primera de estas dos semejanzas.

Siguiendo los principios constitutivos de ambos países se ve que sus gobiernos son idénticos. La cosa pública se componia en Cartago así como en Ingla-

(7) ARISTOT., *de Rep.*, lib. II, cap. XI.

(8) *Id.*, *Ibid.*

(a) El joven autor se lamentaba sin duda, en este pasaje de la falta de combinaciones políticas que componen un sistema favorito. Cierto es que no habia república sin asamblea de pueblo antes de haberse ideado la república representativa. (N. ED.)

(9) Probablemente las islas Británicas.

(b) No me desdigo de estos últimos capítulos; salvo algunas pequenezas, volvería á escribirlos del mismo modo.

(10) Aquí concluye la semejanza entre ambos países. ¿Qué tiene que ver la humanidad y luces de los Europeos con la ignorancia y crueldad de aquellos africanos?

terra de un rey (1) y dos cámaras, de las cuales la primera se llamaba senado y representaba la Cámara Baja y la segunda era conocida con el nombre de consejo de los Ciento. Este poder, agregándose á los otros dos miembros de la legislatura, ó separándose de ellos según los tiempos, venía á ser lo mismo que la cámara de los Pares de Inglaterra, el peso regulador de la balanza del Estado. Mas ¿cómo puede ser que la constitución púnica fuese republicana y la constitución inglesa monárquica? Por una de esas maravillosas combinaciones de política que voy á tratar de explicar.

Supongamos una proporción política cuyos términos fuesen P. S. R. Si se invierte el orden de esas letras producirán relaciones diferentes pero los términos serán siempre los mismos: el gobierno de Cartago se componía de tres partes; el pueblo, el senado y los reyes. Era una república, porque el pueblo en masa era legislador y componía el primer término de la proporción. ¿Qué habría habido que hacer para que esa constitución hubiese sido monárquica sin alterar los principios, es decir, sin hacerla despótica? Cambiar la proporción P. S. R. en esta otra R. S. P. esto es, trasponer los términos extremos P y R. en cuyo caso el poder legislativo habría sido devuelto á los reyes y al senado, conservando sin embargo una tercera parte del pueblo. Mas si este no teniendo sino una tercera parte del poder legislativo prosigue ejerciendo en corporación sus funciones, la proporción será ilusoria, pues la república existe donde quiera que la nación se reúne á deliberar en masa. El pueblo en ese caso no puede ser mas que representado (2). De aquí toma origen la constitución inglesa. Ambas formas de gobierno son excelentes: la primera convenía á un pueblo sencillo y pobre como el de Cartago; la segunda es muy á propósito para una nación, como la inglesa, grande, culta y rica.

Si ahora, siguiendo nuestra proporción política; después de haber cambiado los dos términos extremos y conservando siempre los términos primitivos P. S. R. quisiéramos formular la peor de las combinaciones posibles ¿qué haríamos? No admitir ni rey, ni pueblo y poner en su lugar algun ente que yo no acierto á calificar. Eso es precisamente lo que vimos hacer en Francia. Dejando á un lado los dos términos P. R. la Convención desechó los dos principios sin los cuales no hay gobierno posible. Los franceses no podían llamarse vasallos porque no tienen rey; ni republicanos porque el pueblo está representado. ¿Qué es pues su constitución? no lo sé; un caos que tiene todas las formas sin tener ninguna; una masa indigesta en que todos los principios están confundidos. O mas bien dicho es el término medio de la proporción S. multiplicado por los dos extremos P y R absorbiendo todo el poder del rey y del pueblo. ¿Qué resultará de ese cuerpo henchido de poder, y pasiones? Una multitud de asquerosos tiranos que naciendo y educándose en sus entrañas, saldrán repentinamente para devorar el pueblo y al monstruo político que los habrá engendrado (a).

(1) Los griegos dieron alguna vez el nombre de *rey* al magistrado que en Cartago se le daba la denominación de *Sujeta*, y que como ya hemos dicho, eran dos, y se cambiaban anualmente. Mas aunque Cartago no hubiese sido gobernada mas que por una sola autoridad suprema vitalicia, no por eso hubiera su constitución dejado de ser republicana, porque esto se deriva únicamente de existir ó no existir la asamblea general del pueblo. Me admira de que los publicistas no hayan establecido mas sólidamente ese gran axioma que simplifica la política y da explicación de muchos problemas cuya solución sería imposible sin esa circunstancia.

(2) Este importante asunto será tratado á fondo en la segunda parte de esta obra, y allí demostraré en qué puntos se equivocó J. J. Rousseau ó en cuáles se aproximó á la verdad al hablar de esta materia, verdadera base de la política.

(a) Esta especie de álgebra política, creo que agradará á los

Por lo tocante á las demás columnas de la legislación púnica, simples apéndices del edificio, no servían mas que para desfigurar su hermosura, sin aumentar por eso su solidez.

Por lo demás los gobiernos de Cartago é Inglaterra han gozado de unos mismos aplausos y han sido objeto de crítica por unos mismos puntos. Los pueblos contemporáneos les han echado en cara la venalidad y la corrupción en los puestos de los senadores (3). Polibio observa que el pueblo africano tan celoso de sus derechos, no consideraba semejante uso como un crimen. Tal vez llegaron á comprender que la aristocracia del dinero, debe considerarse como la menos peligrosa no siendo llevada á un grado excesivo, por la razón de que teniendo el propietario un interés personal en la conservación de las leyes, debe ser uno de sus mas celosos defensores, en tanto que el hombre destituido de bienes de fortuna naturalmente propende á derribar y destruir (b).

CAPITULO XXXII.

LOS DOS PARTIDOS EN EL SENADO DE CARTAGO—HANNON.—BARCA.

De unas mismas instituciones, de unas mismas cosas y de unos mismos hombres, no pueden salir sino formas iguales. El senado de Cartago, así como el parlamento de Inglaterra se hallaba dividido en dos bandos, opuestos continuamente en opiniones y en principios. Esas facciones dirigidas por los hombres de mas talento y de mas ilustre familia del Estado estallaban particularmente en tiempos de guerra y de calamidades nacionales (4). De aquí resultaba para la nación la ventaja de que acechándose continuamente los rivales á fin de sorprenderse, tenían un interés personal en practicar la virtud en tanto que les podía ser útil y les daba ocasion de criticar los vicios de los demás.

No habiendo llegado hasta nosotros la noticia de esas disensiones políticas en el momento de la revolución republicana de Grecia, tendremos que considerarla en una época posterior á ese siglo infiriendo por conjeturas lo que pudo pasar en la metrópoli africana.

En el período de la segunda guerra Púnica es cuando encontramos ardiendo por todas partes en el senado de Cartago el fuego de la discordia. Hannon, célebre por su templanza, su amor al bien público y á la justicia, brillaba al frente del partido que antes de la declaración de la guerra, opinaba por las medidas pacíficas, representando las ventajas de una paz duradera y los azares de una empresa, cuyos resul-

hombres muy reflexivos y apasionados á lo positivo. Mi política, como por ese pasaje puede echarse de ver, no es una política de circunstancias: su fecha es bastante antigua, y ha constituido el estudio é inclinación de toda mi vida.

(3) Para poder ser electo miembro del senado en Cartago, era preciso, así como en Inglaterra, poseer cierta renta anual. No encuentro fundamento para que Aristóteles criticara esa ley. Si en Francia se hubiera seguido esa regla, es probable que se hubieran evitado la mitad por lo menos de los males que causó la revolución. Suelen decir que en tal caso no hubiera un J. J. Rousseau podido ser diputado. Ciertamente es sensible, pero es infinitamente mas perjudicial la admisión de personas no propietarias en un cuerpo legislativo.

(b) Me complazco en ver cómo he defendido desde mi juventud los principios conservadores de la sociedad. Diré de paso que no encuentro en toda esta obra un solo principio político diferente de los que hoy defiendo. Ojalá pudiera decir otro tanto de los numerosos errores religiosos y morales que abundan en ella. Mas aun estos van templados por algun sentimiento de benevolencia y de humanidad. Diga el lector de buena fe, si por lo tocante á este asunto, juzgo demasiado favorablemente mi obra. (N. ED.)

(4) Liv., lib. XXI.

tados inciertos costarian inmensas sumas, y acarrearían tal vez la ruina de la patria.

Amílcar, por sobrenombre *Barca*, padre de Anibal, perteneciente á una familia muy amada del pueblo, gozando de mucha influencia y de gran talento, arrastraba en pos de sí la mayoría del senado. Después de su muerte continuó la facción á que este hombre insigne habia dado su nombre, pronunciándose en favor de la guerra. Indudablemente contribuía á mantenerles en ese propósito la injusticia de los romanos que sin respetar la fe de los tratados se acababan de apoderar de la Cerdeña (1). En nuestros días la Holanda produjo la guerra entre Francia é Inglaterra.

Durante las hostilidades no dejó la minoría de combatir las resoluciones adoptadas, esforzándose unas veces en disminuir las victorias de Anibal, y exagerando otras veces sus pérdidas. La oposición puso cuantos obstáculos pudo á la marcha del gobierno, y si el capitán cartaginés no hubiese contado con los inagotables recursos de su talento hubiera por falta de recursos perecido con todo su ejército en Italia (2). Hacia el fin de la guerra los partidos cambiaron de opinion. Anibal, aunque perteneciente á la mayoría habló con calor en favor de la paz después de la batalla de Zama. Un solo senador tuvo el valor de oponerse á su discurso: Gisgon hizo presente que sus conciudadanos debían mas bien perecer generosamente con las armas en la mano que someterse á vergonzosas convicciones. Anibal replicó que debía darse gracias á los dioses de que los romanos en medio de circunstancias tan alarmantes se manifestasen dispuestos á entrar en negociaciones. Este dictamen fue el que prevaleció y en su consecuencia se despacharon á Italia embajadores del partido de Hannon, que entreteniéndose á sus vencedores con la relación de sus disensiones domésticas, se alabaron de que si se hubieran seguido sus consejos no habrían tenido que venir á mendigar la paz á Roma (a).

CAPITULO XXXIII.

CONTINUACION.—MINORIA Y MAYORIA EN EL PARLAMENTO DE INGLATERRA.

Las disensiones que empezaron á agitar la Inglaterra á fines del reinado de Jacobo I, dieron origen á dos divisiones que desde aquella época, han quedado marcadas en el parlamento de la Gran Bretaña. La oposición que por de pronto se dió á conocer con el nombre de *Partido del campo* (3) (*Country Party*) arrastró luego al desgraciado Carlos I al cadalso. Bajo el reinado de su sucesor la minoría tomó la célebre denominación de *whigs*, y bajo la influencia de un hombre decorado del espíritu de facción, lord Shaftesbury estuvo á punto de sumergir el Estado en las calamidades de una nueva revolución. Jacobo II, dió por su imprudencia el triunfo al partido de los *whigs*, y Guillermo III se hizo dueño de una de las mas hermosas coronas de Europa. La reina Ana gobernada durante un largo período por los *whigs* pasó luego al partido de los *torys*. El regreso del duque de Marlborough salvó á la Francia de una ruina casi inevitable.

(1) *Id.*, *Ibid.*

(2) Un miembro de la facción *Barcina* preguntó después de la batalla de Canas á Hannon si se hallaba aun disgustado de la Guerra: Hannon contestó que no habia variado de opinion, y que suponiendo que aquellas victorias fuesen ciertas, no se alegraba sino porque conducirían á la paz. ¿Quién no cree oír en esas palabras un miembro de la oposición inglesa, dudando hasta de los buenos resultados obtenidos por su ejército?

(a) Aunque es algo violento este paralelo entre Inglaterra y Cartago, me parece mas natural que los otros, y los hechos históricos que refiero, son curiosos. (N. ED.)

(3) *Hume's Hist. of Engl.*, tom. VII.

ble (4). Jorge I, sostenido por todo el poder de los primeros que le elevaron al trono se entregó á sus consejos. En el reinado de Jorge II fue cuando la minoría empezó á darse á conocer por el nombre de *Partido de la oposición* que es el que aun conserva, y alcanzó muchas victorias. Ella fue la que derribó á Sir Roberto Walpole, ministro que por su sistema pacífico se habia grangeado el amor (b) del comercio. De allí á poco consiguió poner al frente del gabinete al insigne lord Chatham que elevó al apogeo la gloria de su patria durante la guerra de 1754, tan desgraciada para la Francia. Habiendo lord Buté sucedido á lord Chatham poco después del advenimiento al trono del rey actual de Inglaterra la oposición empezó á desacreditarse. Procuró volver á recobrar su prestigio en el asunto de Mr Wikes, miembro del parlamento, sentenciado por haber escrito un folleto contra el gobierno, y por último recobró nuevo vigor mediante la fatal contribución del timbre que recuerda á un mismo tiempo la revolución americana y la francesa. Así se encadenan los acontecimientos: nadie podía entonces presumir que un *bill* financiero, aprobado en el parlamento de Inglaterra en 1765 habia de elevar un nuevo imperio sobre la tierra en 1782, y hacer desaparecer del mundo uno de los mas antiguos reinos de Europa en 1789 (5).

La oposición creyó haber conseguido una distinguida ventaja sobre el ministro cuando alcanzó que se volviera á poner en vigor aquella famosa contribución, y sin embargo no es menos cierto que á ella mas bien que al *bill* se debe la revolución de las colonias.

Tres ministros se sucedieron rápidamente después de esta primera irrupción del volcan americano. Por fin las riendas del gobierno pararon en manos de lord North, que así como sus predecesores habia adoptado el sistema de los impuestos en ultra-mar. Apenas se tuvo noticia en Inglaterra de la insurrección de

(4) SMOLL., *Cont. to Hume's Hist. of Engl.*

(b) Y el odio por su sistema de corrupción.

(5) Una chispa del incendio provocado en tiempo de Carlos I, cayó en América en 1636 (la emigración de los puritanos), la abrasó en 1763, y volvió á pasar el Océano en 1789 para asolar nuevamente la Europa. Hay algo de incomprendible en esas generaciones de calamidades. Al fijar la atención en la sociedad americana de la actualidad, no se puede menos de volver atrás la vista, hacia su origen. Es una cosa amarga al par que risible, ver la triste raza humana juguete de sus propias acciones, y conducida á unos mismos resultados por las preocupaciones mas opuestas. Los puritanos pidieron encarecidamente á Dios les dirigiera en su piadosa emigración, y Dios les condujo al cabo Cod, donde casi todos murieron de hambre y de miseria. No tardaron sus acérrimos enemigos, los católicos en desembarcar, persiguiéndolos en las mismas playas. Un cargamento de insensatos llenos de gravedad, cubierta la cabeza con sombreros de ala ancha y vestidos de trajes sin botones, bajó en seguida á las riveras de Delaware, etc. ¿Qué debía pensar un indio al ver sucesivamente á los extraños farsantes de la gran tragi-comedia que la sociedad está continuamente representando? Al ver que unos hombres quemaban por amor del cielo á sus hermanos en la Nueva Inglaterra; que otra raza hacia profesión en Pensilvania de dejarse cortar la cabeza sin oponer resistencia; que un tercer grupo acompañado de sacerdotes de traje abigarrado y llenos de cruces y de talismanes, proclamaba en Maryland la tolerancia universal, y en Virginia aparecía otro partido con esclavos negros y doctores de ropa talar que se dedicaban á la persecución. ¿Cómo habia de imaginarse aquel indio que aquellos seres tan distintos procederían de un mismo país? Sin embargo, así era: todos salían de la pequeña isla de Inglaterra, y todos no formaban mas que una sola y única nación. Cuando se piensa en la variedad y complicación de las enfermedades que fermentan en un cuerpo político, apenas puede comprenderse su existencia.

Bajo la fe de los libros y de los interesados, nosotros nos entusiasmos de oír el solo nombre de americanos: nos llenan de admiración los *romanos de Boston* y los *iranos de Londres*. ¿Qué diferente sensación causa el verlos sobre su propio terreno! ¿Conocería Guillermo Penn á sus virtuosos

los habitantes de Boston con motivo de la remesa de té que enviaba la compañía de Indias, redobló la oposición su celo y actividad. Lord Chatham volvió á resentarse en la cámara de los Pares y habló acaloradamente contra las medidas del gabinete. Habiendo sido desechada su proposición por una mayoría de cincuenta y ocho votos, quedaron los medios coercitivos restablecidos en todo su vigor.

No tardó en correr sangre en América. He visto los campos de Lexington: en ellos me he detenido contemplando silenciosamente, como el viajero en las Termópilas, la tumba de aquellos guerreros de ambos mundos que fueron los primeros en dar su vida por obedecer á las leyes de su patria. Al pisar aquella tierra filosófica que con muda elocuencia me decía como se fundan y como se arruinan los imperios no pude menos de confesar mi nulidad ante los designios de la Providencia y postrar en el polvo mi vana frente.

Memorable ejemplo de las desgracias que tarde ó temprano vienen en pos de toda acción inmoral por mas brillantes que sean los pretestos con que pretenda deslumbrar nuestra vista! La Francia seducida por la jerga filosófica, por el interés que se prometía, y por la mezquina manía de humillar á su antigua rival violó sin provocación por parte de la Inglaterra el derecho sagrado de las naciones en nombre del género humano. Por de pronto suministró armas á los americanos contra sus legítimos dueños, y no tardó en declararse abiertamente en favor de aquellos. Sé muy bien que en el terreno de la sutil lógica puede argumentarse acerca del interés general de los hombres en favor de la causa de la libertad; mas tampoco ignoro que aplicando la ley del todo á la parte, no hay vicio que no pueda justificarse. La revolución americana es la causa inmediata de la revolución francesa. La Francia desierta, anegada en sangre, cubierta de ruinas, con su rey en el cadalso, y con los ministros de su religión proscritos ó asesinados, dan testimonio de que la justicia eterna, sin la cual todo perecería á impulso de los sofismas y de nuestras pasiones, suele tomar espantosas venganzas.

Doloroso es para un francés leer en el estado actual ese período de la revolución americana. Mas de una vez he tenido que cerrar el libro cediendo á las impresiones mas acerbas, y poseído de mudo terror al contemplar el encadenamiento de las acciones humanas. Cada sílaba de Ramsay resuena dolorosamente en el corazón del lector al ver que el honrado ciudadano alaba á despecho de sus propias convicciones la taimada conducta de la Francia respecto de Inglaterra. Mas cuando con el corazón ardiendo de gratitud el lector derrama bendiciones sobre la preciosa cabeza de Luis XVI; cuando se llega al pasaje en que al recibir Mr. de La Fayette la primera noticia del tratado de alianza se arroja con el rostro bañado de lágrimas entre los brazos de Washington, y el ejército al saber la noticia prorrumpe espontáneamente en mil gritos de *Larga vida al rey de Francia*, el libro cae de las trémulas manos, y el puñal del dolor queda clavado en lo profundo de las entrañas. ¡Americanos! Ese La Fayette, ese idolo vuestro, no es mas que un malvado! Esos nobles franceses, que en otro tiempo fueron objeto de vuestros elogios y que han derramado su sangre en vuestras batallas, no son mas que unos miserables cubiertos de vuestro desprecio, y á quienes tal vez negareis un asilo, y ese agosto padre de vuestra libertad... ¿Qué voy á decir? ¿No ha babido uno de vosotros que lo ha sentenciado (1)? ¿No habeis

descendientes, si les viera apurar su ingenio en engañarse recíprocamente? ¿Consistirá la probidad en llevar un traje distinto, y en no decir mas que si y no?

(1) Un extranjero, no un americano, asistiendo como juez al fallo del proceso de Luis XVI! ¡O humanidad! ¡O providencial!

jurado sobre su tumba amor y alianza á los que le asesinaron? (a).

Durante el resto de la guerra la oposición no cesó de acosar á los ministros y adquirió preponderancia en proporción de las calamidades nacionales. Entonces fue cuando Mr. Burke lanzó como un rayo su elocuencia sobre la cabeza de los ministros. Ese eminente orador que posee uno de los mas hermosos talentos de que el hombre haya podido honrarse en ningun tiempo se excedió á sí mismo en aquellas circunstancias. Remontóse al origen de los trastornos de las colonias; trazó enérgicamente sus progresos y con aquel talento que alguna vez le hace penetrar hasta en el porvenir abogó por la causa de la libertad americana en el lenguaje sublime y patético de Demóstenes.

Finalmente la oposición alcanzó en 27 de Marzo de 1782 un triunfo completo: se cambió el gabinete y el marqués de Rockingham se puso al frente del gobierno.

Habiéndose restablecido la paz entre las potencias beligerantes, la oposición se unió al partido del ministro caído. Mr. Fox y lord North formaron el gabinete llamado *coalición de los gefes*, y arrastraron en pos de sí la mayoría del Parlamento. Lord Shelburne, sucesor del marqués de Rockingham, que murió en 1.º de julio de 1782 tuvo que retirarse y Mr. Fox, lord North, y el duque de Portland, se apoderaron del timón del Estado.

Mr. Fox permaneció muy poco tiempo en el ministerio. Habiendo sido desechado en la cámara de los Pares su famoso bill de la compañía de Indias, hizo dimisión (19 diciembre de 1783), y Mr. Pitt reemplazó al duque de Portland, como primer lord de la tesorería.

Los principales actos del gobierno desde la subida de Mr. Pitt fueron: 1.º el bill relativo á la compañía de Indias de 5 de julio de 1784; 2.º el de 18 de abril del año siguiente en favor de una reforma parlamentaria rechazado por una mayoría de setenta y cuatro votos; 3.º el plan de liquidación de la deuda nacional mediante el establecimiento de un fondo de un millón anual de amortización en 1786, y 4.º el acta de la trata de los negros, y sobre mejorar la condición de los esclavos en 21 mayo de 1788. La nación estaba en la cumbre de la prosperidad y Mr. Pitt, que aun no tenía treinta años de edad demostraba lo que un solo hombre puede influir en la prosperidad de un Estado.

La enfermedad del rey que ocurrió de allí á poco privó á la oposición del favor del público y cubrió de gloria al ministro. Habiendo sido devuelto el monarca al amor de un pueblo, que con las mas interesantes demostraciones le manifestaba todo su cariñoso respeto, volvió á empuñar las riendas del Estado, y prosiguió labrando la dicha de todos los que tienen la fortuna de estar colocados en el número de los súbditos británicos.

Para concluir esta breve reseña de la oposición presentaremos el retrato de los dos hombres célebres que desde hace tiempo estan siendo objeto de la administración de Europa y que tan eficaz influjo han ejercido sobre la revolución francesa.

(a) No sé qué decir del pasaje que principia por estas palabras: *He visto en los campos de Lexington* y termina, *ed los que le asesinaron.* Mas por grande que en la actualidad sea el destino de América, es cierto que no cambiaria yo una sola palabra de este pasaje, si al escribirlas encontrara en mi calma el ardor propio de la juventud. Asi es que nunca han sofocado mis sistemas políticos el grito de mi conciencia, ni nunca por admiración que me hayan despertado los grandes hechos, he dejado de conocer lo que puede haber de injusto é ingrato en la conducta de los hombres. Cuando Mr. La Fayette estaba emigrado, los americanos partidarios de nuestra revolución, criticaban su conducta; posteriormente recompensaron con toda magnificencia sus servicios. (N. ED.)

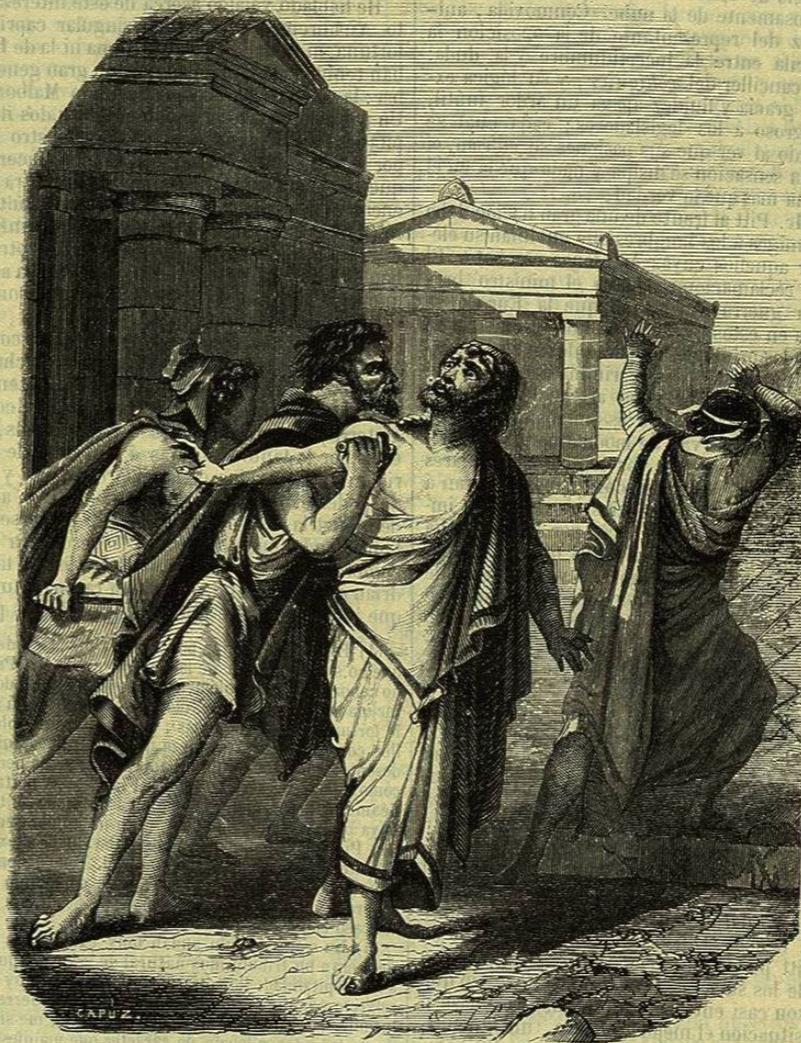
CAPITULO XXXIV.

MR. FOX.—MR. PITT.

Asi como hemos visto aparecer al frente de la mayoría y la minoría en el senado de Cartago los hombres de mas talento y crédito de aquel siglo, asi tambien vamos á ver brillar en el parlamento inglés dos eminentes oradores, muy diferentes de aquellos en

costumbres, en opiniones y en elocuencia; vamos á bosquejar ligeramente su retrato.

Mr. Fox lleno de sensibilidad y de talento habla segun las inspiraciones de su corazón, y de aquí resulta que encuentra eco en todos los corazones simpáticos. Profundamente instruido en las leyes de su país, moderado en sus opiniones políticas, no desentendiéndose de la fragilidad humana, y reclamando para todos la indulgencia que crea necesitar para sí mismo, rara vez se le ve militar en los extremos, y



HARMODIO Y ARISTOGITON.

solo alguna vez se ha dejado arrastrar á ellos impulsado por esa vehemencia propia de la época de la que no es posible librarse completamente. Mas cuando alza su poderosa voz en favor de la desgracia, es cuando domina, es cuando consigue un verdadero triunfo. Siempre abogando en favor del que parece, puede decirse que su elocuencia es un tesoro gratuito que sin interés de ninguna especie se presta al necesitado. Entonces particularmente es cuando se siente

estremecido el corazón de quien lo escucha, al sentir que no hay recinto pliegue á donde no penetre su voz; cuando en el conmovido acento de sus palabras se revela todo el hombre, en vano es que la parte de su alma no acostumbrada á la tribuna trate de esconder el llanto; no tiene mas remedio que volver el rostro y dar rienda suelta á su emoción. Tan aborrecido de un partido, como adorado de otro, Mr. Fox tiene que oír las recriminaciones de los unos y las alaban-

zas de los otros: no nos toca á nosotros decidir esa competencia: sus enemigos le achacan errores. ¿Quién dejará de tenerlos? Cuando ese hombre célebre se habrá desprendido del tumulto de las opiniones y de la penosa tarea de una vida consagrada á la cosa pública, entonces se le hará justicia; mas sea el que quiera el fallo de la posteridad, los desgraciados que vivían en aquellos tiempos que indudablemente compondrán el número mayor, no podrán menos de decir: «Ese orador empleó su elocuencia en favor de nuestros hermanos de aquellos tiempos y los amó.»

Al hablar Mr. Pitt en la Cámara baja no puede uno menos de recordar la comparación que hace Homero de la elocuencia de Ulises con los copos de nieve, cayendo silenciosamente de la nube. Conmovida, animada á la voz del representante de la oposición la asamblea vacila entre la incertidumbre y la duda: levántase el canciller del *echiquier*, y su lógica expresada con gracia y fluidez apaga un ardor inútil, siempre peligroso á los legisladores; cada cual se siente admirado al ver que sus pasiones se enfrían, el prestigio de la sensación se disipa y nada queda en el fondo del alma mas que la verdad.

Colocado Mr. Pitt al frente de una gran nación debe tener por enemigos á los hombres que envidian su elevado rango y aquellos cuyas opiniones combaten. El texto de las reclamaciones contra el ministro británico es la guerra funesta en que la Europa se halla envuelta en estos momentos. Con frecuencia se han discutido los principios respecto del modo de sostenerla, y la injusticia de las recriminaciones que sobre ese particular se han hecho al canciller es cosa que debe llamar la atención de los ánimos mas prevenidos. ¿Quiéren que sirvan de modelo para las hostilidades del tiempo presente los combates regulares que se daban en las épocas pasadas? ¿A dónde van á parar esas mezquinas inteligencias que calculan impertinente lo que se debe hacer por lo que se ha hecho; que no ven en la lucha actual mas que batallas perdidas ó ganadas, en lugar de ver el Genio de la Francia agonizando en las convulsiones de una crisis producida por la fuerza de las cosas; despedazando como el Hércules de Oeta á los que su atrevimiento le arriásele; lanzando sus miembros ensangrentados sobre las llanuras llenas de cadáveres de Italia y Flandes y á punto de convertir contra sí mismo sus sacrílegas manos? Podría suponerse que existen épocas desconocidas; pero regulares en las que se renueva la faz del mundo. Tenemos la desgracia de haber nacido en una de esas grandes revoluciones: cualquiera que sea el resultado que para el porvenir nazca de semejante crisis, lo cierto es que la generación presente se halla perdida, así como lo estuvieron también las del quinto y sexto siglo, cuando todos los pueblos de Europa se desbordaron como rios que salen súbitamente de su cauce. ¿Quién cometerá el absurdo de exigir que Pitt pueda vencer con medidas ordinarias la fatalidad de los sucesos? Hay circunstancias en que los talentos son casi enteramente inútiles: póngase al frente de la situación el mejor ministro, un Jimenez, un Richelieu, un J. de Witt, un Chatham, un Kaunitz, y vereis como se desprestigia, y por decirlo así desaparece bajo el peso de las cosas y de los tiempos actuales. No se trata ya de maquinaciones oscuras, ó culpables de algunos gabinetes intrigantes, ni se disputa por una porción de terreno en los desiertos de América; en la actualidad son las irresistibles masas de las naciones las que se lanzan y chocan mutuamente á merced de la suerte. No hay nación que no presente guerras en lo exterior, facciones intestinas, mala inteligencia en todas partes y enemigos cuyas opiniones no causan menos estragos que sus armas; el mundo presenta un conjunto de pueblos corrompidos, cortes viciosas, recursos agotados, y gobiernos oscilantes; por mi parte no puedo menos de confesar mi admiración al ver como

en medio de tal desorden puede Mr. Pitt sostener en sus hombros, como otro Atlante la bóveda de un mundo que se desploma (1) (a).

CAPITULO XXXV.

CONTINUACION DEL PARALELO ENTRE CARTAGO É INGLATERRA.—LA GUERRA A EL COMERCIO.—ANIBAL, MALBOROUGH.—HANNON, COOK; TRADUCCION DEL VIAJE DEL PRIMERO, EXTRACTO DEL VERIFICADO POR EL SEGUNDO.

No nos falta mas que considerar Cartago é Inglaterra bajo el punto de vista guerrero y mercantil.

He hablado ya algo acerca de este interesante asunto. Añadiremos que por un singular capricho de la fortuna, ni la nación rival de Roma ni la de Francia no han tenido cada una mas que un gran general, á saber: la primera Annibal, la segunda Malborough (2). Un paralelo no interrumpido entre los dos ilustres capitanes, nos alejaria demasiado de nuestro propósito: por lo tanto, nos contentaremos con hacer observar que habiendo sido ambos empleados contra el antiguo enemigo de su patria, lo redujeron al último apuro (3) y estuvieron á punto de entrar triunfando en la capital de su imperio; que el uno y el otro general han sido criticados del mismo defecto; la avaricia; y que al regresar á su patria no encontraron mas recompensa que la ingratitud.

Habiendo ya descrito la extensión del comercio de ambos países, me limitaré á citar un hecho poco sabido, y es que Cartago fue la única potencia marítima de la antigüedad, que imaginó dar, como la Inglaterra, leyes prohibitivas á sus colonias, viéndose estas por lo tanto obligadas á proveerse de lo necesario en los mercados de la madre patria, y privadas de poderse dedicar al cultivo de este ó aquel ramo de industria. Por ese rasgo puede juzgarse cómo entendió aquel pueblo africano la verdadera índole del comercio y las especulaciones del fisco; también podrían encontrarse tal vez en esta razón las turbulencias que incesantemente agitaron á las colonias púnicas.

(1) Estas palabras me ponen en la precisión de manifestar que no soy apologista de la guerra, ni de Mr. Pitt, á quien no conozco, ni probablemente conoceré. Siguiendo mi natural inclinación, expreso atrevidamente mi parecer á despecho de la fortuna y de las acciones; por esa razón habló del canciller con la misma franqueza que de otro cualquier hombre, desentendiéndome de las declamaciones de los periódicos, así como de las groserías que los Franceses vomitan contra él. Séame lícito formular mi opinión á mi modo en tanto que no haya pruebas que la destruyan. Si no hubiera encontrado en Mr. Pitt esas condiciones que alabo, habria expresado sus defectos con la misma espontaneidad. Téngase entendido que al hablar así, creo honrar al hombre de Estado á quien me refiero y á mí mismo: si mis palabras llegaran á ofenderle en tal caso confesaré que me he engañado.

(a) En este capítulo andan muy exagerados los elogios; pero eran un tributo muy natural de gratitud, que yo pagaba á la hospitalidad. Por otra parte hay cosas muy ciertas en lo relativo á la diferencia que habia entre la guerra de la revolución y las que la habian precedido. Aun me siento animado de la independencia de carácter que manifesté al escribir la nota anterior: nunca se decide mi opinión por las personas sino por sus hechos. Mi franqueza con Mr. Pitt es sincera, mas no deja de ser ridícula. Es probable que el ministro de Inglaterra no llegará á leer nunca la oscura obra de un oscuro emigrado. (N. ED.)

(2) No faltaron otros ilustres generales, pero su gloria queda confundida en la de estos dos.

(3) En este siglo imparcial no se juzga ya de Malborough con tanto entusiasmo, como en tiempo de nuestros padres. Es indudable que nunca tuvo que habérselas sino con malos generales, y que casi siempre maniobró en unión con el príncipe Eugenio. La única vez que tuvo que combatir contra un gran capitán (en Malplaquet), perdió veinte y dos mil hombres. En la toma de Silay de Vendome estaba subordinado al duque de Borgoña. Anibal venció á los Fabios y á los Escipiones, etc.

Si dos gobiernos se entregan á las mismas especulaciones sugeridas por idénticos motivos, bien puede inferirse que se hallan animados casi de una misma índole, y esto es precisamente lo que vemos en el antiguo gobierno de Cartago y en el de Inglaterra. Vamos á dar cuenta de los dos viajes emprendidos por estas dos naciones para extender su comercio: el primero mandado hacer en una época que no nos es exactamente conocida por el senado de Cartago (1) y el segundo llevado á cabo en nuestros días á expensas de la liberalidad de un rey de la Gran Bretaña. Hannon que fue el caudillo de la expedición cartaginesa, debió entrar en el Océano por el estrecho de Cádiz, descubrir regiones desconocidas, dando la vuelta de Africa, y establecer colonias donde mejor le pareciera. Cuando se considera que sin el auxilio de la brújula, sin un completo conocimiento de las estrellas hubieran debido con sus débiles naves, impedidas las mas de las veces á fuerza de remos, aventurarse á las tempestades del cabo de Buena Esperanza, límite respetado durante mucho tiempo por los navegantes modernos, no puede uno menos de admirar el intrépido genio que hacia acometer á los cartagineses empresas de tal consideración. Hannon regresó á su patria sin haber conseguido enteramente el objeto, y publicó una relación de su viaje que habiendo sido posteriormente traducida al griego, ha podido llegar hasta nosotros. La brevedad y el interés del único monumento (2) de literatura púnica que se ha salvado de los azares del tiempo, me han incitado á trasladarlo íntegramente. A continuación copiaremos uno de los pasajes mas interesantes del viaje de Cook, que como todo el mundo sabe se empleó en descubrir el paso del mar del Sur al Atlántico por los mares septentrionales de América y Asia (a).

VIAJE POR MAR Y TIERRA MAS ALLÁ DE LAS COLUMNAS DE HÉRCULES, HECHO POR HANNON, REY DE LOS CARTAGINESES, QUE A SU REGRESO ARCHIVÓ EN EL TEMPLO DE SATURNO LA RELACION SIGUIENTE.

Habiéndome el pueblo de Cartago mandado hacer un viaje mas allá de las *Columnas de Hércules* para establecer poblaciones libico-fenicias, me hice al mar con una flota de sesenta buques de cincuenta remos, llevando á bordo gran cantidad de víveres, vestidos y cerca de treinta mil personas entre hombres y mujeres.

A los dos días de habernos hecho á la vela pasamos el estrecho de Cádiz, y al día siguiente tocamos en la costa de Africa, dejando una colonia que denominamos *Thymiaterium*, en un punto á cuyo alrededor se extiende una vasta llanura. Desde allí navegamos al Oeste, doblamos el cabo Solocto sobre la costa de Libia, que es un promontorio cubierto de árboles, y edificamos un templo á Neptuno.

Dirigiendo el rumbo á Oriente, despues de medio día de navegación llegamos á poca distancia del mar (3) á la altura de un lago cubierto de gruesas ca-

(1) No falta quien dice que este viaje no es de Hannon, á quien generalmente se atribuye, y que debió vivir en tiempo de la expedición de Agatocles al Africa. Unos suponen que el autor de esa relación debió ser contemporáneo de Anibal, y otros le colocan en un siglo mas inmediato á la revolución de la Grecia de que estamos hablando: eso importa poco al lector.

(2) También en Plauto se conserva una escena escrita en idioma púnico y fragmentos de una obra de agricultura traducida al latín.

(a) No puedo menos de pedir mil perdones por este capítulo consagrado á la memoria de Anibal. En esta ocasión sirven las notas para cubrir los defectos del original. ¿Qué tendrán que ver con este libro el Periplo de Hannon, ni los viajes de Cook? Tómelos el lector como un asunto divertido, y olvídense por un instante del plan del *Ensayo histórico*. (N. ED.)

(3) Aquí se presenta una dificultad en el texto griego. Por de pronto parece que Hannon remontó el curso de algun rio,

ñas, y en su orilla vimos elefantes y otras muchas fieras. A distancia de un día de navegación de ese lago fundamos varias poblaciones marítimas: Cytte, Acra, Nelisa, etc.

Durante nuestra estancia avanzamos hasta el gran rio Lixa, que sale de la Libia, no lejos de los Nómadas, y vimos los Lixios, que se ocupan en criar rebaños; permanecí algun tiempo entre ellos é hicimos un tratado de alianza.

Mas allá de esos pueblos habitan los etíopes; nación inhospitalaria poblada de fieras y atravesada de montes, en los cuales se dice que tenia nacimiento el rio Lixa. Los Lixios nos contaron que aquellos montes son visitados con bastante frecuencia por los Trogloditas, hombres de extraña forma y mas veloces que los caballos. En seguida hice, acompañado de intérpretes, dos jornadas hácia el Mediodía en el desierto.

A mi regreso mandé levar áncoras y corrimos por espacio de veinte y cuatro horas hácia el Este. En el fondo de una bahía encontramos una isla de cinco estadios de circunferencia, á la cual dimos el nombre de *Cernes*, dejando en ella algunos moradores. Examiné mi diario y ví que Cernes debia estar situada en la costa opuesta á Cartago, siendo la distancia de esta isla á las Columnas de Hércules, la misma que desde estas á Cartago.

Volvimos á seguir nuestro rumbo y despues de haber atravesado un rio llamado *Chreles*, entramos en un lago donde se forman tres islas mas considerables que la de Cernes. Empleamos un día en llegar desde esas islas al fondo del lago. La circunferencia de este se halla rodeada de elevadas montañas, desde las cuales unos hombres cubiertos de pieles nos recibieron á pedradas. Navegando por las orillas de este lago, descubrimos un rio de ancha embocadura cubierto de cocodrilos y caballos marinos. Desde aquí viramos de bordo y regresamos á Cernes, y dirigiendo la proa al Sur, costeamos por espacio de doce días una playa habitada de etíopes que al parecer nos contemplaban aterrados, hablando un idioma desconocido hasta para nuestros intérpretes.

A los doce días descubrimos altas montañas cubiertas de bosques, cuyos árboles de diversas especies exhalaban aromas. Despues de haber doblado esas montañas, en dos días de navegación entramos en un mar inmenso. En los sitios próximos al continente se elevaba una especie de campo, de donde durante la noche veíamos salir por intervalos llamas de mayor ó menor dimension. Como algunos de nuestros buques hacían agua, nos ceñimos á la costa por espacio de cuatro días y luego bordeamos un gran golfo que nuestros intérpretes llamaban *Hesperum Ceras* (cuerno de la noche). Allí encontramos situada una isla de una latitud considerable: su interior está ocupado por un lago salino, en cuyo centro se ha formado un islote. Navegamos á lo largo del terreno; pero no vimos mas que un bosque. Durante la noche veíamos fuegos y oíamos pifanos, tambores y el rumor de un pueblo inmenso.

Poséidos de espanto, y habiendo nuestros augures dado la orden de abandonar aquella isla, nos largamos al mar y costeamos la tierra de fuego de *Thymiaterium*, cuyos inflamados torrentes desembocan en el mar. Tan caldeado estaba aquel terreno, que no era posible fijar en él las plantas. Doblamos con cuanta velocidad nos fue posible el Cabo á lo largo, y á la noche del cuarto día nos vimos á la altura de un país cubierto de llamas, en medio de las cuales se elevaba un cono de fuego que al parecer iba á perderse en las nubes. Al día siguiente conocimos que el cono era una elevada montaña llamada *Lheon Ochema*.

Despues de haber costado esas regiones del fuego

y en seguida le encontramos fundando poblaciones marítimas. Yo me he atendido al sentido mas probable.